

volvió con la respuesta, les dijo: «á vuestras mercedes suplica mi señora se sirvan de no tomar pesadumbre de aguardar un poco, en cuanto se acaba de tocar, que será en breve, y entre tanto se podrán vuestras mercedes entrar á sentarse á la cuadra.» Ellas entraron por el patio en una sala bien aderezada, donde se quedaron las mas, y solas dos pasaron adelante á una mediana cuadra con Dorotea. Estaba muy bien puesta con sus paños de tela de plata y damasco azul, y cama de lo propio, la cuja de relieve dorada. Junto á ella estaba un curioso estrado, en que las tres tomaron sus asientos, y de allí á muy poco dijeron: «¡ay Dios, y qué prolija novia hace doña Beatriz, y si á mano viene, aun de la cama no se habrá levantado! Andad acá, hermana, sepamos cuándo habemos de ir de aquí.» Salieron las dos y quedándose sola Dorotea, se desparecieron todas, que persona viviente no se conocía por la casa.

¶ Claudio entró luego, y tomando en el estrado una de aquellas almohadas junto á Dorotea, le comenzó á hacer muchos ofrecimientos, descubriéndole la traza que para su venida se había tenido, desculpando aquel proceder con lo mucho que le hacía padecer, de que no quedó la pobre señora poco turbada y triste, porque lo conocía de vista y sabía sus pretensiones. Vióse atajada, no supo qué hacerse ni cómo defenderse; comenzó con lágrimas y ruegos á suplicarle no manchase su honor, ni le hiciese á su marido afrenta, cometiendo contra Dios tan grave pecado; empero no le fué de provecho. Dar gritos no le importaba, que no había persona de su parte, y cuando de algun fruto le pudieran ser, y gente de fuera entrar, quien allí la hallara, forzoso habían de culpar su venida, sin dar crédito al engaño: defendióse cuanto pudo. Claudio con palabras muy regaladas y obras de violencia, y contra su resistencia y gusto, tomaba de por fuerza los frutos que podía, pero no los que deseaba; con que se iba entreteniendo y cansándola. Finalmente, después que ya no pudo resistirle, viendo perdido el juego; y empeñada la prenda en lo que Claudio había podido poco á poco ir granjeando de su persona, rindióse y no pudo menos. Ellos estaban solos á puerta cerrada, el término era largo de dos dias, la fuerza de Claudio mucha, ella era sola, mujer y flaca, no le fué mas posible. Bien se pudiera decir que había sido pendencia de por San Juan, si no se les añublara el cielo. Comieron y cenaron en muchas libertades, y fuéronse á dormir á la cama; empero breve fué su sosiego y sobresaltado su reposo, porque nunca el diablo hizo empanada de que no quisiese comer la mejor parte. Costumbre suya es, cuando hace junta semejante, formar una tienda ó pabellon, convidando á que se metan dentro, que allí los encubrirá y nada se sabrá haciéndose cargo del secreto; y después cuando están encerrados, en el mayor descuido y mal pensada seguridad, abre las puertas, descubre, derriba los pabellones, manifestando en público el vicio recelado; y teniendo su tamborino, á repique de campana llama la gente para que allí acuda á verlos, dejándolos avergonzados y tristes, de que mas él se queda riendo. ¿Quién creyera que invencion tan bien trazada viniera tan en breve á descubrirse por tan extraño camino? ¿Quién esperara de tan felices medios y principios fines tan adversos y trágicos? Mal dije: que no se podía esperar menos considerada la danza, y quien la guiaba. Demás, que de necesidad había de castigar el cielo á letra vista semejante maldad y fuerza. Y aunque no fué la pena igual con el delito, fué á lo menos albadada poderosa, para que cualquiera buen discursista reconociera la ofensa y hiciera penitencia della.

¶ Como aquel dia todo anduvo tan sin cuenta ni orden, allá en su cuarto los criados, ensancharon los vientres, quitaron los pliegues á los estómagos, y las canillas á las candiotas; comieron y bebieron hasta ir á las camas ga-

teando, dejándose la chimenea con toda la lumbre, y cerca della mucha leña. El fuego se fué metiendo por los tueros y rajas, y ellos encendidos, comunicándose con los mas que cerca estaban, de manera que casi á la media noche todo aquel cuarto se quemaba, sin que persona lo sintiese, que dormían todos. Era vispera de San Juan, el teniente andaba de ronda, y al grande resplandor, que ya la lumbre se divisaba de muy lejos, vióla y sospechó la verdad que alguna casa se quemaba. Fuéronse por el rastro de la claridad hasta la casa de Claudio. Dieron voces y golpes á la puerta: la casa era grande, los unos de cansados, los otros bien borrachos, y otros abrasados, ninguno respondía. Levantóse por la vecindad mucho alboroto, unos y otros vecinos preveníase cada cual de su remedio; fuése llegando mucha gente, y con fuerza que hicieron derribaron por el suelo las puertas; entraron por la casa creyendo que los della ya fueran consumidos todos con el fuego, y cuando menos ahogados con el humo, pues alguno por toda la casa no parecía. Fueron las voces y el estruendo tanto, que Claudio recordó, y turbado de aquel ruido tan grande, sin saber lo que pudiera ser, con la espada en la mano y ambos desnudos, abrió la puerta del aposento, y cuando vió el fuego, volvióse adentro para cubrirse con algo y salirse huyendo.

¶ El teniente creyó que la gente de fuera fué quien abrió aquella sala para entrar á robar; acudió á la defensa con diligencia, y halló á los dos amantes que apriesa y por salvarse buscaban los vestidos, y teniéndolos en las manos, ninguno hallaba el suyo. Ya podeis considerar cuáles podrian estar, y qué pudieran sentir viéndose desnudos, la casa llena de gente, y sobre todo, su mayor enemigo el teniente que los había cogido juntos. Volvamos pues á él, que luego conoció á Dorotea. Quedó tan fuera de sí, que de los tres no se pudiera conocer alguna diferencia cuál estaba mas muerto; porque nunca el teniente pudiera persuadirse de persona del mundo á semejante cosa; pues teniendo por testigos á sus propios ojos, aun los tachara. Vióse tan turbado, tan abrasado de celos, tan desesperado y loco, que por vengarse dello, y sin otra consideracion, los hizo llevar á la cárcel con ánimo de vengarse, y mas de Dorotea, que por no haberle admitido, estaba resuelto á infamarla, buscando rastros para tener ocasion con que prender también á su marido, pareciéndole no haber sido posible no ser sabidor y consentidor del caso, dando á su mujer licencia que fuese á dormir con aquel mancebo, por interese grande que por ello le había dado. Que una pasion de amor hace cegar el entendimiento, volviendo los ánimos tiranos y crueles. A ella la llevaron cubierta con su mantó, con orden que no fuese por entonces conocida hasta la informacion, y á él por otra parte también lo llevaron preso. Y aunque hizo Claudio por impedirlo grandes diligencias, pretendiendo escusar los graves daños que dello pudieran resultar, ni ruegos ni dineros fueron parte á que la rabia del corazon se le aplacase al juez. Ellos quedaron en su prision, y el juez echando espuma por la boca, hasta que se aplacó el fuego y lo dejó muerto, mas el de su corazon muy vivamente ardía.

¶ Era ya después de media noche; había padecido mucho con el cansancio, y mas con el enojo; fuése á dormir, si pudo, que se cumplió el refrán en él: *ast tengais el sueño*. No lo tuvo bueno ni es de creer, antes con el enojo trazaria la venganza, guisándola de mil modos, para que no escapasen, ó á lo menos limpia la honra. Mas estaba haciendo la cuenta sin la buespeda, que apenas él tenía los piés en la cama, cuando ya Dorotea tenia cobro. Dormía Sabina en un aposento mas adentro del de su amo, para si en algo fuese menester de noche, y como hubiese tenido atencion á todo lo pasado, acudió presto al remedio; que siempre las mujeres en el primer consejo son mas prontas que los hombres, y no ha de ser

pensado para que acierten algunas veces. Sacó de su aposento un muy gentil capon que había quedado de la cena, el cual acomodó con un gentil pedazo de jamon de la sierra con un frasco de generoso vino, buen pan y reales en la bolsa, poniéndose un colchon, sábanas, y un cobertor en la cabeza, y la cesta en el brazo, se fué á la cárcel. Pidió al portero que le dejase meter aquella cama y cena para una dueña de su amo, que, porque se tardó en dar un caldero con que sacar agua para matar el fuego, la mandó traer el teniente presa. Con esta poca culpa, y cuatro reales de á cuatro que le metió en la mano, la abrió las puertas, haciéndole cien reverencias aunque con la ropa que sobre la cabeza llevaba no la vió la cara. Ella entró con su recaudo á Dorotea, que mas estaba muerta que viva: estuvieron hablando solas, porque las mas presas ya dormían, y de allí resultó que Dorotea hecha Sabina, y puesta una saya suya verde que llevaba, llamó al portero y le dió la cena, diciendo, que la dueña no la quería ni dormir en cama, hasta salir de allí. El vió su cielo abierto, y *al sabor del tocino se puso en manos del vino*; guardando la resulta para el siguiente dia. En cuanto el carcelero se ofrendaba, se cargó Dorotea el colchon en la cabeza, y salió de la cárcel, dejando en su lugar á Sabina, y con dos de las mujeres del dia pasado se volvió á casa de Claudio hasta por la mañana, que con ellas y otras volvió á casa fingiéndose no haber estado buena de salud, y que por eso se volvía.

¶ Ya el teniente andaba orgulloso para el siguiente dia martes, y no se olvidaba Claudio; porque como ya sabía estar la señora en salvo, hizo que un su amigo hablase al asistente, suplicándole que personalmente lo desagraviase, viendo la injusticia que le habían hecho. También el teniente, cuando fué á comer á su casa, y se puso á la ventana mirando con infernal celo á las de Dorotea, miró y reconocióla, que sentada con su marido estaban comiendo juntos. Perdía el seso, estaba sin juicio pensando qué fuese aquello; envió á la cárcel á saber quien soltó la presa de la noche antes; dijéronle que allí estaba. Ya pateaba en este punto, porque sin duda creyó estar loco, si acaso no hubiera sido sueño lo pasado; así pasó aquel dia hasta el siguiente, que viniendo á la visita el asistente

con sus dos tenientes, mandaron llamar á Claudio y á la mujer que con él había presa, los cuales como ya hubiesen dicho en su confesion quiénes eran, y allí fueron públicamente conocidos, fueron sueltos; empero no tan libres que Claudio no purgase bien las costas; porque cuando á su casa llegó, halló la mayor parte della y de sus bienes abrasados, y juntamente á una su hermana honesta de las que sacaron á Dorotea de su casa, la cual fué hallada con un su dispensero en una misma cama muertos, y otros tres criados. Tanto sintió este dolor, lastimóle de tal manera el corazon semejante afrenta, porque aquello había sido en toda la ciudad notorio, que de la intensa imaginacion adoleció gravemente. Y no deseando salud para gozarse con ella, sino solo para hacer penitencia del grave pecado cometido, convaleció, y sin dar cuanta dello á persona del mundo, se fué al monte donde acabó santamente, siendo religioso de la orden de San Francisco. Dorotea se fué con su marido en paz y amistad, cual siempre habían tenido, y el teniente se quedó muy feo sin muchos doblones que le daban y sin venganza, y Bonifacio con todo su honor. Porque Sabina y demás que supieron su afrenta, dentro de muy pocos dias murieron, que así sabe Dios castigar y vengar los agravios cometidos contra inocentes y justos.

Con esta historia y otros entretenimientos veniamos con bonanza hasta España, que no poco la tuve deseada, sin ferros, artillería, remos, postizas, ni arrombadas, porque todo fué á la mar, y quedé yo vivo, que fuera mas justo perecer en ella. Desembarcamos en Barcelona, donde diciéndole á mi amigo el capitán Favelo, que había votado en la tormenta de no hacer tres noches en parte alguna de toda España hasta llegar á Sevilla, y visitar la imagen de nuestra Señora del Valle, á quien me había ofrecido, y héchole cierta promesa si de allí escapase, llególe al alma perder mi compañía; mas no pude hacer otra cosa, que temí no viniesen en mi seguimiento con alguna saetia ó algun bajel. Compré tres cabalgaduras en que llevar mi persona y los baules, recibí un criado, y diciendo ir mi viaje, sin que alguno supiese lo contrario, nos despedimos como para siempre.

## LIBRO TERCERO.

DONDE REFIERE TODO EL RESTO DE SU MALA VIDA DESDE QUE Á ESPAÑA VOLVIÓ HASTA QUE FUÉ CONDENADO Á LAS GALERAS Y ESTUVO EN ELLAS.

### CAPITULO PRIMERO.

Despedido Guzmán de Alfarache del capitán Favelo, diciéndole ir á Sevilla, se fué á Zaragoza, donde vió el arancel de los necios.

¶ Cuando con algun fin quiere acreditar alguno su mentira, para traer á su propósito testigos, busca una fuente, lago, piedra, metal, árbol ó yerba con quien la prueba, y luego alega que lo dicen los naturales; y desta manera se les han levantado millares de testimonios; él es el que miente, y cárgaselo á ellos. Yo aquí haré al revés, porque no mintiendo, diré su mentira, y no porque yo afirme que lo sea, sino porque lo parece y debe de ser verdad; pues Apolonio Tianéo lo toma por su cuenta, y dice haber visto una piedra que llaman pantaura, reina de todas las piedras, en quien obra el sol con tanta virtud, que tiene todas aquellas que tienen todas las piedras del mundo, haciendo sus mismos efectos. Y de la ma-

T. III.

nera que la piedra imán atrae á sí el acero, esta pantaura atrae las otras piedras, preservando de todo mortal veneno á quien consigo la tiene. Con esta piedra se pudiera bien comparar la riqueza, pues hallarán en ella cuantas virtudes tienen las cosas todas. Todas las atrae á sí, preservando de todo veneno á quien la poseyere. Todo lo hace y obra, es ferocísima bestia, todo lo vence, tropella y manda. Todo lo trae sujeto á su poder, la tierra y lo contenido en ella. Con la riqueza se doman los ferocísimos animales, no se le resiste pece grande ni pequeño en los cóncavos y huecos de las peñas sumérgidas debajo del agua, ni le huyen las aves de mas ligerísimo vuelo. Desentraña lo mas profundo sobre que hacen estribo los montes altísimos, y saca secas las imperceptibles arenas que cubre la mar en su mas profundo piélago. ¿Qué alturas no allanó, cuáles dificultades no venció, qué imposibles no facilitó, en qué peligros le faltó seguridad, á

21



cuáles adversidades no halló remedio, qué deseo que no alcanzase, ó qué ley hizo que no se obedeciese? Y siendo como es un tan ponzoñoso veneno, que no solo como el basilisco siendo mirado mata los cuerpos, empero con solo el deseo (siendo codiciada) infierne las almas; es juntamente con esto atraca de sus mismos daños, en ella está su contra-veneno, si como de cóndito eficaz supieren aprovecharse della. La riqueza de suyo y en sí no tiene honra, ciencia, poder, valor ni otro bien, pena ni gloria, mas de aquella para que cada uno de los que la tienen la encamina. Es como el camaleón, que toma la color de aquella cosa sobre que se asienta; ó como la naturaleza del agua del lago feneo, de quien dicen los de Arcadia, que quien la bebe de noche enferma, y que sana si la bebe después del sol salido. Quien hubiera adolecido guardando y atesorando de noche, secretamente, con cargo de su conciencia, en saliendo la luz del sol, conocimiento verdadero de su pecado, será sano. Ni se condena el rico, ni se salva el pobre por ser el uno pobre y el otro rico, sino por el uso dello; que si el rico atesora y el pobre codicia, ni el rico es rico, ni el pobre pobre, y se condenan ambos. Aquella se podrá llamar suma y verdadera riqueza, que poseída se desprecia, que solo sirve al remedio de necesidades, que se comunica con los buenos, y se reparte por los amigos. Lo mejor y mas que tienen es lo que menos dellas tienen, por ser tan ocasionadas en los hombres. Ellas de suyo son dulces, y golosos ellos; la manzana corre peligro en las puyas del erizo. ¶

¶ La Providencia divina (para bien mayor nuestro), habiendo de repartir sus dones, no cargándolos todos á una banda, los fué distribuyendo en diferentes modos y personas, para que se salvaran todos. Hizo poderosos y necesitados. A ricos dió los bienes temporales, y los espirituales á los pobres; porque distribuyendo el rico su riqueza con el pobre, de allí comprase la gracia, y quedando ambos iguales, igualmente ganasen el cielo. Con llave dorada se abre, también hay gonzúas para él; pero no por solo mas tener se podrá mas merecer, sino por mas despreciar; que sin comparacion es mucho mayor la riqueza del pobre contento, que la del rico sediento. El que no la quiere, aquesa la tiene, á ese le sobra, y solo él podrá llamarse rico, sabio y honrado. Y si el cuerdo echase la cuerda, y quisiese medir lo que ha menester con lo que tiene, nuestra naturaleza con poco se contenta, y mucho le sobraria; empero si como loco alarga la soga y quiere abrazar lo que tiene con lo que desea, hincha Dios esa medida, que con cuanto el mundo tiene será pobre. Para el de mal contento todo es poco, mucho le faltará, por mucho que tenga. Nunca el ojo del codicioso dirá, como no lo dicen la mar y el infierno: ya me basta. Rico y prudente serias; cuando tan concertado fueses, que quien te conociese se admirase de lo poco que tienes y mucho que gastas; y no causase admiracion en ti lo poco que puedes, y lo mucho que otros tienen. Vesme aquí ya rico, muy rico y en España; pero peor que primero; que si la pobreza me hizo atrevido, la riqueza me puso confiado; si me quisiera contentar y supiera gobernar, no me pudiera faltar; empero como no hice lo uno ni supe lo otro, por dinero puse á peligro el cuerpo y en riesgo el alma; nunca me contenté, nada me quietó; como lo trabajaba fácilmente, lo perdía; era como la rueda del azacaya: siempre henchía, y luego vaciaba; estimábalo en poco, y guardábalo menos, empleándolo siempre mal. Era dinero de sangre, gastábalo en sepulturas para cuerpos muertos, en obras muertas y mundanos vicios; en tal vino ello á parar, pues ello se fué con la facilidad que se vino; perdilo y perdime, como lo verás adelante. ¶

Huyendo del mal que me pudiera suceder, salí de Barcelona por sendas y veredas, de lugar en lugar, y de trocha en trocha. Dije que caminaba para Sevilla, di escu-

sas, inventé votos y mentiras, no mas de para desmentir espías, y que de mí no se supiese, ni por el rastro me hallasen. Las mulas eran mías, el criado nuevo y bozal en mis mañas, ibame por donde queria, segun me lo pedía el gusto y primero se me antojaba; hoy aquí, mañana en Francia, sin parar en alguna parte y siempre trocando de vestidos, pues á parte no llegué donde lo pudiese diferenciar, que no lo hiciese, que todo era cien escudos mas ó menos. Desta manera caminé por aquella tierra toda, hasta venir á dar en Zaragoza con mi persona, que no me dió pequeño contento aportar en aquella ciudad tan principal y generosa. Como la mocedad instimulaba y el dinero sobraba, y las damas della incitaban, me fui deteniendo allí algunos dias, que todos y muchos mas fueron muy pocos para considerar y gozar de su grandeza. Tan hermosos y fuertes edificios, tan buen gobierno, tanta provision, tan de buen precio todo, que casi daba de sí un olor de Italia. En solo una cosa la hallé muy estraña, y á mí parecer por entonces á la primera vista muy terrible. Hizoseme dura de digerir, y mas de poderse sufrir, porque no sabia la causa. Y fué ver cómo conociendo los hombres la condicion de las mujeres, que muy pequeña ocasion les basta para hacer de sus antojos leyes, formando de sombras cuerpos, las quisiesen obligar á que, perdiendo el decoro y respeto que á sus defuntos maridos deben, las dejen ellos puestas de piés en la ocasion ó en el despeñadero, de donde á muchas les hacen saltar por fuerza.

Ibame paseando por una espaciosa calle que llaman el Coso, no mal puesto ni poco picado de una hermosa viuda, moza, y al parecer de calidad y rica. Estúvela mirando, y estúvose queda; bien conocí mi cuidado, mas no se dió por entendida ni hizo algun semblante, como si yo no fuera ni allí ella estuviera; dile mas vueltas que da un rocin de anoria (que no somos menos los que tales locuras solicitamos), empero ni ella se mostró esquiva ó desgraciada, ni yo la hablé palabra, hasta que á mí parecer enfadada de verme necio de tan callado, creo diria entre sí: ¿quién será este tan pintado panderero que me ha tenido á tercero de puntería dos horas, y no ha disparado ni aun abierto la boca? Quitóse de allí, aguardé que volviese á salir, con determinacion de perder un virote para emendar el avieso; empero á esotra puerta. Fuíme á la posada, y preguntéle al huésped al descuido y dándole señas, quién seria, ó si la conocia; y respondióme: «aquesa señora es una viuda, no una, sino muchas veces, muy hermosa.» Quise saber en qué modo, y díjome: «tiene muchas hermosuras, que cualquiera bastaba en otra. Es hermosa de su rostro, como por él se deja ver; eslo también de linaje, por ser de lo mejor de aquesta ciudad; también lo es en riqueza, por haberle quedado mucha suya y de su marido, y sobre toda hermosura es la de su discrecion.» Vi tan llena la medida, que luego temi habia de verter, y dije al huésped: «¿cómo sus deudos consienten, si tan principal es, que una señora, y tal, esté con tanto riesgo? Porque juventud, hermosura, riqueza y libertad, nunca la podrian llevar por buenas estaciones. ¿Cuánto mejor seria hacerla volver á casar, que consentirle viudez en estado tan peligroso?» Y díjome: «no lo puede hacer sin grande pérdida; pues el dia que segundase de matrimonio perderá la hacienda que de su marido goza, que no es poca; y siendo viuda, será siempre usufructuaria de toda.» Entonces dije: «¡oh duro gravamen! ¡oh rigurosa clausura! ¿Cuánto mejor le fuera hacer con esa señora y otras tales, lo que algunos y muchos acostumbran en Italia, que cuando mueren, les dejan una manda generosa, disponiendo que aquello se dé á su mujer el dia que se casare, que para eso se lo deja; solo á fin que codiciosas della tomen estado, y saquen su honor de peligro?» Fuilo apretando mas en esto, y díjome: «señor caballero, ¿no ha oído decir vuestra mer-

ced: en cada tierra su uso? Aquesto corre aquí como esotro en Italia. Cada cuerdo en su casa sabe mas que el loco en el ajena.» Volvite á decir: «si acá no hay mas ley de aquesa, y se dejan gobernar de las de yo me entiendo, no las apruebo, que por eso también se dijo: *al mal uso quebrarle la pierna*. La ley santa, buena y justa se debe fundar sobre razon. — Esa me parece á mí que la diera muy bien quien supiera della mas que yo (me respondió el huésped); empero la que á mí me parece tener alguna fuerza, y que debió de mover los ánimos, no fué que la viuda no se casase; mas que siendo viuda, no viviese necesitada, y quitarles la ocasion, que por el no tener faltasen á su obligacion, y el usar mal de lo que se instituyó para bien, la culpa es dellas y la pena dellos.» El hombre no me satisfizo con su buena razon, y hice luego un discurso, pensando entre mí lo que son mujeres, que si por mal llevan, son malas, y por si bien, peores; y de ninguna manera se dejan conocer.

¶ Son el mal y el bien de su casa. Corriendo tropican, y andando caen. Su nombre se traen consigo, mujer de mole, por ser toda blanda, excepto de condicion. Figuráronseme (y perdóneme la humildad de comparacion) como la paja, que si en el campo en su natural, y en los pajares la dejan, se conserva con el agua y con los vientos; empero si en algun aposento quieren estrecharla, rompe las paredes, no han de sacar della mas de aquel zumo que quisiere dar de sí, como la naranja, ó ha de amargar sin ser de provecho. No saben tener medio en lo que tratan, y menos en amar ó aborrecer, ni lo tuvieron jamás en pedir y desear; siempre les parece poco lo mucho que reciben, y mucho lo poco que dan. Son por lo general avarientas; empero con todas estas faltas, desdichada de la casa que sus faldas no andan: donde no hay chapines, no hay cosa bien puesta, comida sazónada ni mesa aseada. Y como el aliento humano sustenta los edificios, que no vengán en ruina y caigan, así la huella de la mujer concertada sustenta la hacienda y la multiplica; y como el tocino hace la olla y el hombre la plaza, la mujer la casa. ¶

No es aqueste lugar para tratar sus virtudes: vengo á las mias, que entonces eran mas que las del tabaco. Estúvemé un rato entreteniendo con el huésped que me hacia relacion de muchas cosas de aquella ciudad, sus privilegios y libertades, de que iba tan gustoso y tenia tan suspendido con su buena plática, que no me hacia falta otro buen entretenimiento. Mis pecados que lo hicieron: yo habia salido de la mar, con un grande romadizo, y no se me habia quitado; saqué de la faltriguera un lienzo, y sonéme las narices; y cuando lo bajé, mirélo como suele ser general costumbre de los hombres. El traidor del huésped, como era decidor y gracioso, díjome luego: «señor, señor, huya, huya, escóndase presto.» Pobre de mí! pues como estaba perdigado, á cada paso me parecia que me ponian en el asador: apenas me lo dijo, cuando en dos brincos me puse tras de una cortina de la cama. El que no sabia mi malicia, parecióle aquello inocencia, y riéndose, me volvió á decir: «no tiene gota en los piés; á fe que es bien ligero; salga vuestra merced acá; quiso Dios que no fué nada, ya es ido, bien puede salir seguro.» Salí de allí sin color, el rostro ya difunto, maravillóse mucho, segun mi temor y turbacion con semejante susto, como no me arrojé por las ventañas á la calle. Salí perdido, y aun casi corrido; empero procurélo disimular por no levantar alguna polvareda que no me viniese á cuento. Preguntéle, qué habia sido aquello, y díjome: «sosiéguese vuestra merced, y mándeme dar luego un par de sueldos. Dile un real en los aires, y como lo vi sosegado riéndose con mucho espacio, le volví á preguntar, para qué lo habia pedido y qué habia pasado. El entonando mas la risa, el rostro alegre, me dijo: «yo, señor, tengo aquí una procuracion substituida de los administradores del hospi-

tal, para cobrar cierto derecho de los que á mí posada vienen y lo deben. De aquí adelante podrá vuestra merced andar por todo el mundo con mi cédula, sin que se le haga mas molestia ni le pidan otra cosa; con este real está ya hecho pago de la entrada, y tiene licencia para la salida.» Cuando esto me decia, estaba yo de lo pasado y con lo presente tan confuso, que se me pudiera decir lo que á cierta señora hija-dalgo notoria, que habiendo casado con un cristiano nuevo, por ser muy rico y ella pobre, viéndose preñada y afligida como primeriza, hablando con otra señora su amiga, le dijo: «en verdad que me hallo tal, que no sé lo que me diga; en mi vida me vide tan judia.» Entonces la otra señora con quien hablaba, le respondió: «no se maraville vuestra merced, que trae el judío metido en el cuerpo.» A fe que yo estaba de manera entonces, que si la risa y trisca del huésped no me sacara presto de la duda, creo que allí me cayera muerto. Alentóme su aliento, alegróme su alegría, y viéndolo tan de trisca, le dije: «ya, cuerpo de mí, pues tengo pagada la pena, quiero saber cual fué mi culpa; que habrá sido rigurosa sentencia de juez, condenarme por el cargo que nunca me hizo, ni me recibió descargo; que aun podría ser, que oidas las partes, me volviesen mi dinero; y si acaso pequé, razon será saber en qué, para poder adelante corregirme. — Por parecerme vuestra merced caballero principal y discreto, le quiero leer el arancel que aquí tengo para la cobranza de las penas con que son castigados los que incurren en ellas; el real es de la entrada para el muñidor, espere vuestra merced un poco en cuanto vuelvo con él. Fuése y trujo consigo un libro grande, que dijo ser donde asentaba las entradas de los hermanos, y sacando del unos pliegos de papel que tenia sueltos, comenzóme á leer unas ordenanzas, de las cuales diré algunas que me quedaron en la memoria; con protestacion que hago, de poner después con ellas las que mas me fueron ocurriendo, y decian así:

## ARANCEL DE NECEPADES.

«Nos la Razon, absoluto señor, no reconociendo superior para la reformation y reparo de costumbres contra la perversa necesidad y su porfia, que tanto se arraiga y multiplica en daño notorio nuestro y de todo el género humano: para evitar mayores daños, que la corrupcion de tan peligroso cáncer no pase adelante; acordamos y mandamos dar y dimos estas nuestras leyes á todos los nacidos, y que adelante sucedieren por via de hermandad y junta, para que como tales y por nos establecidas, las guarden y cumplan en todo y por todo, segun aqui se contiene, y so la pena dellas.

«Otro sí: porque lo que primero se debe y conviene prevenir para la buena espedicion y ejecucion de justicias, son oficiales de legalidad y confianza, tales cuales convenga para negocio tan importante y grave, nombramos y señalamos por jueces á la buena Policía, Curiosidad y Solicitud nuestros legados; para que, como nós, y representando nuestra persona misma, puedan administrar justicia, mandando prender, soltando y castigando, segun hallaren por derecho. Y nos desde aquí señalamos por hermanos mayores desta liga á los que fueren celosos, cada uno en su lugar, y el que lo fuere mas que los otros. Nuestro fiscal será la Diligencia, y el muñidor la Fama.

«Primeramente á los que fueren andando y hablando por la calle consigo mismos y á solas, ó en su casa lo hicieren, los condenamos á tres meses de necios, dentro de los cuales mandamos que se abstengan y reformen; y no lo haciendo, les volvemos á dar cumplimiento á tres términos perentorios, dentro de los cuales traigan certificacion de su enmienda, pena de ser tenidos por precitos, y mandamos á los hermanos mayores los tengan por encomendados.

«Los que paseándose por alguna pieza ladrillada ó losas



de la calle, fueren asentando los pies por las hiladas ó ladrillos, y por el órden dellos, si con cuidado lo hicieren, los condenamos en la misma pena.

» Los que yendo por la calle por debajo de la capa sacaren la mano y fueren tocando con ella por las paredes, admitense por hermanos, y se les conceden seis meses de aprobacion, en que se les manda se reformen; y si lo hicieren costumbre, luego el hermano mayor les dé su túnica y las demás insignias, y sea tenido por profeso.

» Los que jugando á los bolos, cuando acaso se les tuercen la bola, tuercen el cuerpo juntamente, pareciéndoles que así como ellos lo hacen, lo hará ella, en su pecado morirán. Declarámoslos por hermanos ya profesos. Y lo mismo mandamos entenderse con los que semejantes visajes hacen derribándose alguna cosa; y con los que llevando máscaras de matachines ó semejantes figuras, van por dentro dellas, haciendo gestos, como si real y verdaderamente les pareciese que son vistos hacerlos por defuera, no lo siendo; y con los que los contrahacen sin sentir lo que hacen, ó cortando con algunas malas tijeras ó trabajando con otro algun instrumento, tuercen la boca, sacan la lengua y hacen visajes tales.

» Los que cuando esperan al criado habiéndolo enviado fuera, si acaso se tarda, se ponen á las puertas y ventanas, pareciéndoles que con aquello se darán mas prisa y llegarán mas presto; condenamos á los tales á que se retraten y reconozcan su culpa, so pena, que no lo haciendo, se procederá contra ellos.

» Los que brujulean los naipes con mucho espacio, sabiendo cierto que no por aquello se les han de pintar ó despintar de otra manera, cuando acaso se hallan juntos en alguna parte, se dicen el uno al otro: ¿vivo está vuestra merced? ¿vuestra merced en la tierra? no obstante que sea encarecimiento; los nombramos por hermanos; pues tienen otras mas propias maneras de hablar sin preguntar, si está en la tierra ó vivo, el que nunca fué al cielo y está presente; y les mandamos poner á los tales una señal admirativa, y que no anden sin ella por el tiempo de nuestra voluntad.

» Los que después de oída misa, y cuando rezan las avermarias, á la campana de alzar, ó en otra cualquier hora que en la iglesia se hace señal, en acabando sus oraciones dicen: «beso las manos á vuestra merced», aunque se suponga ser en rendimiento de gracias, habiendo dado la cabeza dellos los buenos dias ó noches; los condenamos por hermanos, y les mandamos que abjuren, á pena de la que siempre traerán consigo, siendo señalados con su necedad, pues en mas estiman un beso las manos falso y mentiroso (que ni se las besan ni se las besarían, aunque los viesen obispos; y mas las de algunos que las tienen llenas de sarna ó lepra, y otros con unas uñas caireladas, que ponen asco imitarlas), que un Dios os dé buenas noches ó buenos dias. Y lo mismo les mandamos á los que responden con esta salva cuando estornuda el otro, pudiéndole decir: «Dios os dé salud.»

» Los que yendo caminando preguntan á los pasajeros cuánto queda hasta la venta, ó si está lejos el pueblo, por parecerles que con aquello llegarán mas presto; los condenamos en aquella misma pena, dándoles por penitencia la del camino, y la que va haciendo con los mozos de las mulas y venteros. Lo cual se ha de entender, teniendo firme propósito de la enmienda.

» Los que orinando hacen señales con la orina, señalando en las paredes ó dibujando en el suelo, ya sea orinando á hoyuelo; se les manda no lo hagan, pena que si perseveraren, serán castigados de su juez, y entregados al hermano mayor.

» Los que cuando el reloj toca, dejando de contar la hora, preguntan las que da, siéndoles mas decente y fácil el contarlas; lo cual procede las mas veces de humor colérico abundante; mandamos á los tales que tengan mucha cuenta con su salud, y siendo pobres, que el hermano mayor los mande recoger al hospital, donde sean preparados con algunas guindas ó naranjas ágras, porque corren riesgo de ser muy presto modorros.

» Los que, habiendo poco que comer y muchos comedores, se divierten á contar cuentos, gustando mas de ser tenidos por lenguaces, decidores y graciosos, que de quedarse hambrientos; por ser tintos en lana y batanados, los remitimos con los incurables. Y mandamos, que se tenga mucha cuenta con ellos, porque están en siete grados, y falta muy poco para ser necesario recogerlos.

» Los que por ser avarientos, ó por otra cualquier causa ó razon que sea, como no nazca de fuerza ó necesidad (que no se deben guardar leyes en los tales casos), cuando van á

la plaza, compran de lo mas malo por mas barato, como si no fuese mas caro un médico, un boticario y barbero todo el año en casa, curando las enfermedades que los malos mantenimientos causan; condenámoslos en desgracia general de si mismos, declarándolos, como los declaramos por profesos; y les mandamos no lo hagan, ó que serán por alto castigados de los curas, del sacristán y sepulturero de su parroquia, mas ó menos conforme al daño.

» Los que las noches del verano y algunas en el invierno se ponen con mucho espacio, ya sea en sus corredores y patios, ensillados, ya en ventanas ó en otras algunas partes, enfrenados, y de las nubes del aire fueren formando figuras de sierpes, de leones, y de otros animalès, los declaramos por hermanos; empero si aquel entretenimiento lo hicieren para dar en sus casas lugar ó tiempo, á lo que algunos acostumbran por sus intereses, para ver el signo de Tauro, Aries y Capricornio; lo cual es torpísimo caso y feo; condenámoslos á que, siendo tenidos por tales hermanos, no gocen de los privilegios dellos, no los admitan en sus cabildos, ni se les dé cera el día de su fiesta.

» Los que llevando zapatos negros ó blancos, ya sean de terciopelo de color, para quitarles el polvo que llevan, ó darles lustre, lo hicieren con la capa, como si no fuese mas noble y de mejor condicion y costosa, y por limpiarlos á ellos la dejan á ella sucia y polvorosa; los condenamos por necios de baqueta; y siendo nobles, por de terciopelo de dos pelos fondo en tonto.

» Los que habiéndose pasado algunos dias que no han visto á sus conocidos, cuando acaso se hallan juntos en alguna parte, se dicen el uno al otro: ¿vivo está vuestra merced? ¿vuestra merced en la tierra? no obstante que sea encarecimiento; los nombramos por hermanos; pues tienen otras mas propias maneras de hablar sin preguntar, si está en la tierra ó vivo, el que nunca fué al cielo y está presente; y les mandamos poner á los tales una señal admirativa, y que no anden sin ella por el tiempo de nuestra voluntad.

» Los que después de oída misa, y cuando rezan las avermarias, á la campana de alzar, ó en otra cualquier hora que en la iglesia se hace señal, en acabando sus oraciones dicen: «beso las manos á vuestra merced», aunque se suponga ser en rendimiento de gracias, habiendo dado la cabeza dellos los buenos dias ó noches; los condenamos por hermanos, y les mandamos que abjuren, á pena de la que siempre traerán consigo, siendo señalados con su necedad, pues en mas estiman un beso las manos falso y mentiroso (que ni se las besan ni se las besarían, aunque los viesen obispos; y mas las de algunos que las tienen llenas de sarna ó lepra, y otros con unas uñas caireladas, que ponen asco imitarlas), que un Dios os dé buenas noches ó buenos dias. Y lo mismo les mandamos á los que responden con esta salva cuando estornuda el otro, pudiéndole decir: «Dios os dé salud.»

» Los que buscando á uno en su casa y preguntando por él, se les ha respondido no estar en ella, y haber ido fuera, vuelven á preguntar: ¿pues ha salido ya? dámoslos por condenados en rebeldes contumaces, pues repiten á la pregunta que ya les tienen satisfecha.

» Los que habiéndose llevado medio pié, ó por mejor decir, los dedos del en un canto, y con mucha flemma llenos de cólera vuelven á mirarlo de mucho espacio; los condenamos en la misma pena, y les mandamos que la quiten ó no la miren, pena que se les agravará con otras mayores.

» Los que sonándose las narices, en bajando el lienzo lo miran con mucho espacio, como si les hubiese salido perlas dellas, y las quisiesen poner en cobro; condenámoslos por hermanos, y que cada vez que incurrieren en

ello, den una limosna para el hospital de los incurables, porque nunca falte quien otro tanto por ellos haga.»

Cuando aquí llegó, me pareció que solo le faltó la campanilla. Dióme tanta risa, y el papel era tan largo, que no lo dejé pasar adelante, y preguntéle: «ya, señor huésped, que me ha hecho amistad en avisarme, para saber corregirme, dígame agora: ¿ese hospital que dice, dónde está, quién le administra ó qué renta tiene?» Respondióme: «señor, como son los enfermos tantos, y el hospital era incapaz y pobre, viendo ser los sanos pocos, y los enfermos muchos, acordóse que trocasen las estancias, y así es ya todo el mundo enfermería.—Pues los discretos y cuerdos (le pregunté) ¿dónde tendrán alojamiento, que puedan estar seguros del contagio?» A esto me respondió: «uno solo se dice, que sea solo el que no ha enfermado; pero hasta este dia no se ha podido saber quién sea; cada cual piensa de que sí lo es, mas no para que los mas estén satisfechos dello. Lo que por nueva cierta puedo dar es, que dicen haberse hallado un grandísimo ingeniero, el cual se ofrece á meter en un hueco á cuantos deste mal de todo punto se hubieren hallado limpios, y que juntamente con sus personas meterá sus haciendas, heredamientos y rentas, y que andarán tan anchos y holgados, que apenas vendrán á juntarse los unos con los otros.» Ya no lo pude sufrir, y díjele: «malicia es esa, y no menos grande que la casa de los necios»; empero bien considerado, conocí su verdad, viendo que somos hombres, y que todos pecamos en Adán. La conversacion pasara mas adelante, y el arancel se acabara de leer, si la noche no viniera tan aprisa, porque me picaba mucho la vida, y quería dar una vuelta, para ver qué mundo corria por aquellos barrios; empero dejando para el siguiente dia lo que aquel no dió lugar, pedí un vestidillo galán que tenía, y mi espada debajo del brazo, salí por la ciudad á buscar mis aventuras.

Ibame paseando por la calle muy descuidado, que hubiera quien ganármela pudiese, aunque le diera siete á ocho. Y al trasponer de una esquina, en unas encrucijadas, encontréme con dos mozuellas, de muy buen talle la una, y la otra parecia su criada: lleguéme á ellas, y no me buyeron, detúvelas y paráronse. Comencé á trabar conversacion, y tuviéronmela con tanto desenfado y cortesania, que me tenían suspenso: á cuanto á la señora, le díje, me tuvo los envites, no perdiéndome surco ni dejándome carta sin envite; comencéme á querer desenvolver de manos, y como á lo melindroso hacia la hembra que se me defendia; empero de tal manera, con tal industria, buena maña y grande sutileza, que cuanto en muy breve espacio truje ocupadas las manos por su rostro y pechos, ella con las suyas no holgaba, que metiéndolas por mis faltriqueras, me sacó lo poco que llevaba en ellas. Con aquel encendimiento no lo sentí ni me fuera posible, aun en caso que fuera con cuidado; porque nunca en tales tiempos hay memoria ni entendimiento, solo se ocupa la voluntad. Ella en el mismo punto, cuando tuvo su hacienda hecha, y sacándome importancia hasta cien reales, dijo: «mira, hermanito, déjame agora por tu vida, y haz lo que te dijere por amor de mí: aguárdame á la vuelta desta calle por donde venimos, que la segunda casa es la mia, no vamos mas de por una poca de labor á una casa cerca de aquí, y al momento seré contigo. Luego volveremos y entrarás en mi casa, que no estamos mas de yo y mi criada solas, y verás cómo te sirvo de la manera que mandares, y oírásme cantar y tañer, de manera que digas que no has visto mejores manos en tu vida en una tecla. Ponte aquí á esta vuelta, para que no te sientan ir conmigo, que aun soy mujer casada y de buena opinion en el pueblo, y no querría perderla; pero paréceme de tal calidad, que cualquiera cosa se puede arriscar por ti.»

Creila todo cuanto me dijo; por tan cierto lo tuve, como en las manos. Hice lo que me mandó, púseme tras la es-

quina, y desde las ocho y media de la noche hasta las once dadas no me quité del puesto paseando; todo se me antojaban bultos y que venian; mas así me pudiera estar hasta este dia, que nunca mas volvió. Cuando ya ví ser tarde, sospeché que tendria su galán, y que habiendo, ido á su casa no la dejaria volver; culpábala y no mucho, que lo mismo me hiciera yo, si por mis puertas entrara. Vi que no habia sido mas en su mano, y dije: *aun serán buenas mangas después de pascua*. Esto aquí nos lo tenemos, cierto está, un dia viene tras otro; dejéle señalada la puerta, y pasé con mi estacion adelante, donde melle-vaban los deseos. Cuando allá llegué todo estaba muy sosegado, que ni memoria de persona parecia por toda la calle, ni en puerta ó ventana. Estuve mirando y acechando por una parte y otra, di vueltas, hice ruido, tosi, desgarré, mas como si no fuera. Ya después de buen rato, cuando de pasear y esperar me quise volver á la posada, desesperado de cosa que bien me sucediese, salió á una ventana pequeña un bulto, al parecer, y en la habla de mujer, cuyo rostro no vi, ni cuando lo viera pudiera dar fe dél, por hacer tan obscuro. Comencéle á decir mocedades ó necedades (que no eran ellas menos), y díjome no ser ella con quien yo pensaba que hablaba, sino criada suya, fregona de las ollas. Sea quien hubiere sido, tan bien hablaba, de tal manera me iba entreteniendo, que me olvidé por mas de dos horas, pareciéndome un solo momento.

Veis aquí, si no lo habeis por enojo, cuando á cabo de rato sale un gozque de Bercebut, que debia de ser de alguna casa por allí cerca, y comenzóme á dar tal bataría, que no me fué posible oír ni entender mas alguna palabra. La ventana estaba bien alta, la mujer hablaba paso, corría un poco de fresco, tanto ladraba el gozque y tal estruendo hacia, que pensándolo remediar, busqué con los pies una piedra que tirarle, y no hallándola, bajé los ojos, y devisé por junto de la pared un bulto pequeño y negro, creí ser algun guijarro, asilo de presto, empero no era guijarro ni cosa tan dura; sentíme lisiada la mano, quisela sacudir, y dime con las uñas en la pared; corrí con el dolor con ellas á la boca, y pesóme de haberlo hecho. No me vagaba escupir; acudí á la faltriguera con esotra mano para sacar un lienzo, empero ni aun lienzo le hallé. Sentíme tan corrido de que la mozueta me hubiese burlado, tan mohino de haberme así embarrado, que si los ojos me saltaban del rostro con la cólera, las tripas me salian por la boca con el asco; quería lanzar cuanto en el cuerpo tenia, como mujer con mal de madre. Tanto dió el perro en perseguirme, que á la mujer le fué forzoso recogerse y cerrar su ventana, y á mi buscar donde lavarme. Arrastré los dedos por las paredes, como mas pude y mejor supe, fuime con mucho enojo á la posada, con determinacion de volver la noche siguiente á los mismos pasos, por si acaso pudiera encontrarme con aquella buena dueña que nos vendió el galgo.

#### CAPITULO II.

Salí Guzmán de Alfaraché de Zaragoza, vase á Madrid, adonde hecho mercader lo casan, quiebra con el crédito, y trata de algunos engaños de mujeres, y de los daños que las contra-escrituras causan, y del remedio que se podria tener en todo.

Luego que á casa llegué, me fui derecho al pozo, y fingiendo quererme refrescar, porque mi criado no sintiera mi desgracia, le hice sacar dos calderos de agua; con el uno me lavé las manos y con el otro la boca, que casi la desollé, y no estaba bien contento ni satisfecho de mí. En toda la noche no pude cobrar sueño, considerando en la verdad que la mujer me habia confesado, que me acordaria de sus manos para en toda mi vida. Ved si la dijo, pues aun hago memoria dellas, para lo que de mí sucediere. Yo aseguro que no se hizo tanta de las de la griega Elena, ni de la romana Lucrecia. Cuando daba en esto, la conversacion de la otra me destruia; queria olvidarlo